

CLASSICA BOLIVIANA

I Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos



UNIVERSIDAD NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ

UNIÓN LATINA
UNION LATINE
UNIONE LATINA
UNIAO LATINA
UNIUNEA LATINA

UNION LATINA



EMBAJADA DE ESPAÑA

CLASSICA BOLIVIANA

I Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos



LA PAZ JUNIO 1998

Editor responsable:
Andrés Eichmann Oehrli

Comité de redacción:
Sergio Sánchez Armaza
Carmen Soliz Urrutia
Estela Alarcón Mealla

Colaboración especial:
Guido Orías Luna
Carlos Seoane Urioste

Depósito Legal
4-1-773-99

Diseño e impresión
PROINSA
Tel. 227781 - 223527
Av. Saavedra 2055
La Paz - Bolivia

© Andrés Eichmann Oehrli 1999

Portada:
Keru (vaso ceremonial incaico) de la zona del
lago Titikaka, periodo colonial. Museos
Municipales de La Paz.
Foto Teresa Gisbert

En el imponente escenario de las cumbres del Ande boliviano, la Unión Latina y la

Universidad Nuestra Señora de La Paz reunieron a destacados intelectuales de diferentes países de América Latina y de Europa en el I Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos, oportunidad en la que se plantearon interesantes iniciativas para difundir el idioma original, el latín, y los que derivan de él: español, francés, italiano, portugués y rumano; asimismo, se consideraron otros temas que representaron una importante contribución a los estudios clásicos tanto para el país anfitrión, como para los que practican los idiomas hermanos.

La Unión Latina, a través de su Dirección de Promoción y Enseñanza de Lenguas, tiene entre sus objetivos elevar la importancia del cultivo de las lenguas romances y de los estudios clásicos entre los países miembros, de tal manera que no se pierda la identidad y la cultura de la latinidad. La representación en Bolivia desarrolla en el país una serie de actividades, como seminarios sobre lenguas y culturas clásicas, publicaciones y cursos de enseñanza del idioma madre: el latín.

Hoy vemos, con mucha complacencia, materializadas las iniciativas y conclusiones del I Encuentro, en esta publicación que recoge los aportes de los intelectuales reunidos en este evento.

Es importante destacar que, como una consecuencia inmediata de este I Encuentro, ha sido creada la Sociedad de Estudios Clásicos, integrada por destacados intelectuales y personalidades.

El Encuentro surgió de una iniciativa de la Unión Latina y la Universidad Nuestra Señora de La Paz, que se han impuesto la tarea de continuar trabajando en estrecho contacto para divulgar lo que significó y significa la cultura latina en todos los ámbitos.

Deseo dejar testimonio de agradecimiento tanto a la Universidad Nuestra Señora de La Paz como a la Embajada de España en Bolivia, por todo el apoyo que han brindado para hacer realidad esta reunión y la publicación fruto de ese Encuentro.

**Geraldo Cavalcanti
Secretario General
Unión Latina**

INDICE

	Agradecimientos	7
Jorge Paz Navajas:	Introducción	9
Josep M. Barnadas:	Discurso de Bienvenida	11
Mario Frias Infante:	Mi odisea de traducir la Odisea	13
H.C.F. Mansilla:	Lo rescatale de la tradición clásica para el campo de la ciencia política	17
Íván Guzmán de Rojas:	Contrastes semánticos del Aymara registrado por Bertonio con el Castellano de Gracián	29
Juan Araos Uzqueda:	Apología, Critón, Fedón: Acta judiciaria	47
Francisco Rodríguez Adrados:	Escisiones y unificaciones en la historia del Griego	61
Rodolfo P. Buzón:	Papiros latinos en Egipto: Algunas consideraciones	69
Héctor García Cataldo:	Poesía Lírica Griega Acaica o de la cotidianeidad atemporal	81
Prof. Iván Salas Pinilla:	El Destino en la Ilíada y su campo semántico	97
Teresa Gisbert:	Los dioses de la antigüedad clásica en Copacabana	121
Teodoro Hampe Martínez:	La tradición clásica en el Perú virreinal: una visión de conjunto	137
Andrés Orías Bleichner:	El Soplo Clásico en la Escritura de Bartolomé Arzáns	145

Fernando Cajías de la Vega:	La arquitectura neoclásica en Bolivia	153
Josep M. Barnadas:	La escuela humanística de Cotocollao: evocación de una vivencia	157
Santiago R. M. Gelonch V.:	Algunas notas acerca de la investigación en los Estudios Clásicos (Investigación, Hermenéutica, Postmodernidad y Mito)	165
Ernesto Bertolaja:	La política de la Unión Latina en el ámbito de los estudios clásicos en América Latina	183
Andrés Eichmann Oehrli:	Reminiscencias clásicas en la lírica de la Real Audiencia de Charcas	187
Salvador Romero Pittari:	El latín en la literatura boliviana finisecular	211
Enrique Ipiña Melgar:	Sócrates y las tendencias pedagógicas actuales	215
Teresa Villegas de Aneiva:	Las sibillas y las virtudes teologales en la pintura virreinal boliviana	221

Agradecimientos

Jorge Paz Navajas, Norma Campos Vera y Enrique Ojeda fueron quienes apoyaron desde un inicio la realización del Encuentro y la publicación del presente volumen, y han hecho posible los auspicios para su publicación.

Luis Prados Covarrubias alentó la realización del Encuentro; a él debemos la participación del insigne investigador Don Francisco Rodríguez Adrados, que nos ha honrado con su presencia y su amistad.

De Sergio Sánchez Armaza, de Carmen Soliz Urrutia y de Estela Alarcón Mealla es el mayor mérito. Han creído que esta aventura era posible; la han llevado a cabo con entusiasmo y todo el trabajo imaginable, desde el inicio de la organización del Encuentro hasta anteayer, en que esta página ingresó a la Editorial. Pusieron en juego su conocimiento de la lengua latina, su bagaje cultural, su versatilidad para cualquier temática y sus cualidades personales. Ningún elogio es suficiente para ellos.

Han colaborado con largas horas de transcripción de las grabaciones, con ideas y gestiones variadas Carlos Seoane Urioste y Guido Orías.

Han concurrido también muchas otras formas de colaboración, y la lista de las personas a quienes se debe agradecer sería muy larga de transcribir, empezando por todos los que han participado en el Encuentro. No se puede silenciar el nombre de Jorge Velarde Chávez y el de Selva Fernández.

A todos ustedes, queridos amigos, muchas gracias,

el editor.



Apología, Critón, Fedón: Acta judiciaria

Juan Araos Uzqueda

Lic. en Filosofía, docente de la Universidad Católica Boliviana
y la Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba

A Dora Uzqueda de Araos, in memoriam

1. La causa

Como el delito de impiedad que se le atribuía¹ vulneraba el culto de la religión estatal, Sócrates prestó sus primeras declaraciones ante el arconte llamado rey, hacia cuyo pórtico se dirige al concluir el *Teeteto*² y al comenzar el *Eutifrón*³. Este magistrado especial, competente en causas de religión, presidiría las sesiones del tribunal después de recibir el libelo acusatorio de Meleto y de legalizar en su corte algunas diligencias preliminares. Los cargos eran corromper a los jóvenes, negar a los dioses patrios y promover divinidades nuevas y prácticas religiosas incíviles⁴. El político Anito y el orador Licón los apoyaron. Se diría también en el juicio que Sócrates trataba sólo con ricos y desdeñaba las leyes, lo cual el filósofo atribuyó a cierta opinión popular generalizada que desde mucho antes le imputaba indagar imprudentemente cosas del cielo y subterráneas, convertir argumentos débiles en fuertes, y "enseñar estas cosas"⁵. Quizás la familiaridad de Sócrates con algunos oligarcas inmorales, considerados traidores por los jefes demócratas, precipitó el proceso contra él⁶. De todos modos ya en *Las Nubes*, el cómico pero no siempre divertido Aristófanes llamaba, hacia el 424, "pensadero de los espíritus selectos" a la casa de Sócrates, y decía que ahí habitaban hombres que comparaban el cielo con la tapa de un horno y enseñaban, por poco dinero, a ganar cualquier causa, justa o no, "cavilopensadores", "fantasmas pálidos y descalzos"⁷, que investigaban lo subterráneo como quien busca cebollas, y las tinieblas más allá del Tártaro profundísimo⁸. Sócrates mismo aparecía en esa obra en un canasto colgado del techo,

1 La impiedad – *asebeia* - era a los dioses lo que injusticia – *adikia* – a los hombres.

2 210d: "Ahora debo ir al Pórtico del rey para contestar a la acusación que Meleto levantó en mi contra. Pero mañana, Teodoro, podemos volver a encontrarnos aquí".

3 2a-3e: "¿Qué hecho extraordinario ha ocurrido, Sócrates, para que, dejando de lado tus habituales conversaciones, te encuentres ahora aquí, en las cercanías del Pórtico del rey? ¿No será tal vez que, al igual que yo, tengas pendiente algún juicio ante el arconte rey?"

4 El texto de la acusación contra él habría sido el siguiente: "Sócrates es culpable de no creer en los dioses en que la ciudad cree, y de introducir otras divinidades nuevas. También es culpable de corromper a los jóvenes" (Jenofonte: *Recuerdos de Sócrates*, I,1). Diógenes Laercio lee a continuación: "Propuesta de pena: muerte" (*Vidas de filósofos ilustres*, II). Cf. Platón: *Apología de Sócrates*, 24b-c. El verbo corromper (*diaftheiro*) no tiene en la *Apología* (24b,c,d, 25a, 29c, 30b, 33c,d, 34b) connotaciones sexuales.

5 Ap. 19a8-cl. Cf. *Teeteto* 173e. El pensamiento del Filósofo vuela como dice Píndaro, "más allá del cielo, más abajo de la tierra, observando los astros y midiendo los suelos...".

6 "Vosotros disteis muerte a Sócrates..., porque se demostró que había educado a Critias": Esquines 1,73. Citado por A. E. Taylor: "El pensamiento de Sócrates", FCE, México, 1961, p.5. Cf. Ibid. pp. 84-85.

7 El testimonio más antiguo que nos ha llegado acerca de Sócrates": E. Barbieri, S. Mulvihil: Estudio preliminar al *Critón*, Adiash, Barcelona, 1981.

8 *Nubes*, 94-104. Cito por la traducción de Elsa García N. (Alianza Editorial, Madrid, 1989).

9 *Ibid.*, 183-199.

"caminando por los aires", "pasando revista al sol"¹⁰, "desentrañando los fenómenos celestes", con la inteligencia suspendida y el pensamiento mezclado "con el aire semejante a él"¹¹, venerando a las nubes celestiales como a grandes diosas patronas de "la dialéctica, la inteligencia, la expresión de invenciones novedosas, el circunloquio, el desconcertar al auditorio y el tenerlo a raya"¹². Y el coro de las *Nubes* lo celebraba entonces como "sacerdote de las naderías más sutiles", que iba "con paso arrogante por las calles", mirando de reojo, descalzo, soportando cosas desagradables y presumiendo "a costa nuestra"¹³. El Vacío, las Nubes y la Lengua eran las divinidades de ese Sócrates "sabio en las cosas celestes"¹⁴, que parecía reunir en sí todos los defectos de los sofistas cuyos discípulos usaban novedosas palabras persuasivas, de apariencia justa¹⁵, recurrían al "argumento peor"¹⁶, insultaban a los dioses y escudriñaban "las asentaderas de la luna"¹⁷.

La acusación de Meleto no era nada extraordinaria: muchos hombres ilustres habían sido acusados esos años en Atenas por impiedad, pero la trama del juicio, la sentencia, la estada en prisión, la muerte, la memoria ejemplar, que le siguieron, sí llegaron a ser extraordinarias¹⁸. ¿Cómo Sócrates, que había sido un ciudadano ejemplar, en la paz y en la guerra, un hombre que todo el tiempo pretendía básicamente mejorarse a sí mismo y a los otros hombres¹⁹, pudo "ser derrotado por abogados rencorosos y sin talento"?²⁰. ¿Qué pasaba entonces con el ideal de una vida humana justa y feliz? La causa comenzó a verse unos cuatro años después de restaurada la democracia en Atenas, la primavera o el verano del 399²¹. El día del juicio Platón estaba presente. Quinientos hombres designados sólo para el caso componían el jurado.

2. La defensa y la condena

Al comenzar su defensa, Sócrates afirma que casi nada de lo que han dicho sus acusadores es verdad. Ellos mienten, por ejemplo, cuando lo califican de orador temible: primera vez que comparece ante un tribunal (tiene setenta años); confía en decir la verdad simplemente, con palabras sencillas, cotidianas, y en ser juzgado por eso. Contra las antiguas

10 *Ibid.*, 225,1503.

11 *Ibid.*, 229-231.

12 *Ibid.*, 316-319.

13 *Ibid.*, 358-366.

14 *Ibid.*, 489, 490.

15 *Ibid.*, 1396-1399.

16 *Ibid.*, 1444-1445.

17 *Ibid.*, 1506-1509.

18 "La muerte de Sócrates no implica (...) ningún cambio constitucional; no afectó las relaciones internacionales; pero es mucho más significativa que [muchas] de las cuestiones que los historiadores acostumbran a discutir" T.R. Glover: *El mundo antiguo*. Eudeba, 1965, pp. 160-161. El acontecimiento capital, decisivo, en la vida de Platón, "fue la condena a muerte de Sócrates"; la lección de la muerte del maestro habría influido en el discípulo "más que ninguna otra lección de su vida": J. Brun, *Platón y la Academia*, Eudeba, 1961, pp., 24 y 25.

19 "Es el más noble de los hombres; es moralmente intachable" (Hegel: *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Revista de Occidente, Madrid, 1974, p.486).

20 J. Brun, *op. cit.*, p. 24.

21 La cruel tiranía oligárquica de los Treinta gobernó menos de un año, entre el 404 y el 403.

acusaciones, más o menos anónimas, ubicuas, difíciles de replicar, que le habían dado fama de ateo, por cosmólogo y sofista, pone entonces de testigos a quienes, entre los presentes, han dialogado con él, y de la índole de su peculiar ocupación y sabiduría pone de testigo al Dios de Delfos, cuya pitonisa ha dicho a Querefón que nadie era más sabio que Sócrates. Semejante declaración oracular lo ha conducido, dice Sócrates, a preguntas y reflexiones como éstas: "¿Qué dice el Dios y qué insinúa? Porque yo no me considero sabio, ni mucho ni poco. ¿Qué quiere decir él cuando declara que soy el más sabio? El, por cierto, no miente, no tiene derecho"²². Y agrega que no pudo responder esas preguntas hasta que "muy laboriosamente" se puso a filosofar al respecto.

La filosofía socrática, o al menos cierta modalidad esencial suya, centrada en torno a cuestiones morales, se inicia decisivamente, pues, en el marco de una especie de misión sagrada, o servicio religioso, que interpreta lo que ha dicho el Dios del oráculo²³: "Parecía necesario dar al Dios la máxima importancia. Para indagar qué decía la sentencia del oráculo había que aproximarse a todos los que pasaban por saber algo"²⁴. Políticos, poetas, artesanos, etc., unos considerados sabios por la gente y por sí mismos, sin serlo; otros, incapaces de producir sus obras "por sabiduría, sino por cierta naturaleza y entusiasmados, como los profetas y los adivinos"²⁵, otros, enterados realmente de muchas cosas que Sócrates ignoraba, seguros no sólo de "realizar bien su oficio"²⁶ sino también de ser los más sabios, hasta en las más arduas cuestiones"²⁷; todos ellos han dialogado, en efecto, con el filósofo "en los gimnasios, en el ágora, en las calles, en los banquetes, en cualquier parte"²⁸, y sentirían, al ser descubiertos en su ignorancia, particular animadversión contra quien, "nada sabio en la sabiduría de ellos, ni ignorante en su ignorancia"²⁹, identificaba su propia sabiduría con una "humana sabiduría", seguro de ser más sabio que los que creen saber algo sin saberlo, pues "yo, tal como no sé, no creo saber"³⁰.

Ya las antiguas acusaciones del caso revelarían, entonces, cierto malestar del ciudadano corriente contra Sócrates, agravado porque los jóvenes imitaban quizás al maestro en el trato con sus mayores, y muchos de éstos acusarían, en consecuencia, como Aristófanes, a aquél de "eso a lo que más se recurre contra los filósofos": que investiga las cosas celestes y las

22 Ap., 21 b. Cito la *Apología* por la versión de Conrado Eggers Lan (Eudeba, 1978).

23 Esa inspiración religiosa vincularía esencialmente aspectos especulativos y morales, del pensamiento de Sócrates, y explicaría también, entre otras cosas, su serenidad ante la muerte. R. Mondolfo: *Sócrates*, Eudeba, Buenos Aires, 1965, pp., 54-64, 125, 133.

24 Ap., 21e-22a. Dios, medida de todas las cosas: *Leyes* IV, 716c

25 22b, c. Para una valoración positiva del entusiasmo: Fedro 244a-250a; Critón 54d.

26 Ap. 22d.

27 Ap. 22d.

28 R. Mondolfo, *op. cit.*, p. 25. Sobre el sentimiento socrático acerca de la refutación como purificadora intelectual y moral: Gorgias 458, Banquete 216, Sofista 230. Sobre la misión de Sócrates como ejercicio amoroso: Teages 128. "Y allí está el encanto: Sócrates fue un hombre que amaba": A. J. Festugiere, *Sócrates*, Interamericana, Buenos Aires, p.80.

29 Ap., 22e.

30 *Ibid.*, 21 d. El término sabio "para Sócrates y para todos los griegos, no se refiere (sólo) al intelecto sino a la vida integral del espíritu". R. Mondolfo: ob.cit., p.90.

subterráneas, "no cree en los dioses" y "hace prevalecer las razones más débiles"³¹, agregándose así a la "calumnia"³², tan difícil de apartar en poco tiempo, que los jueces del caso han acogido en circunstancias políticas signadas por la guerra civil entre oligarcas y demócratas y el colapso del imperio ateniense.

Contra las nuevas acusaciones, las textuales de Meleto, Sócrates arguye, por otra parte, como si no quisiera defenderse, que parece inadmisible que él sea el único corruptor de los jóvenes, mientras todos los demás los mejoran. Que uno solo perjudique y todos los otros beneficien a los jóvenes, sería formidable, pero las cosas no se dan así en realidad. Y si llegado el caso él, Sócrates, corrompe a los jóvenes, lo haría, dice Sócrates, involuntariamente, y "para tales faltas involuntarias la ley no dice que se me haga comparecer aquí, sino que se me enseñe"³³. Además si Meleto lo acusa de no creer nada en los dioses, y al mismo tiempo de creer en las cosas demoníacas, se contradice, porque los demonios son una especie de dioses³⁴. Del mismo modo, "sería insólito si alguien creyera que hay mulas nacidas de caballos y asnos, pero no creyera que hay caballos ni asnos"³⁵. Aunque Sócrates no piensa que será condenado por la acusación escrita, sino por el odio, las calumnias, la mala voluntad que se han ido propagando contra él desde tiempo atrás, como se ha dicho. No se avergüenza, sin embargo, de su ocupación, ni del peligro mortal en que ella lo pone, pues no le parece correcto "que un varón... deba calcular el riesgo de vida y muerte, en vez de examinar sólo si, cuando obra, obra justa o injustamente, y si sus obras son de hombre bueno o malo"³⁶. Que cada cual permanezca entonces en su puesto, cumpliendo sus deberes ciudadanos (más aun ahora, cuando el estado ateniense se desploma), "arriesgándose y sin prevención contra la muerte ni ninguna otra cosa más que contra el deshonor"³⁷. Así lo ha hecho él mismo en las derrotas de Anfípolis (422), y Delio (424), y en el sitio de Potidea (432/29), "corriendo el riesgo de morir"³⁸. No viene al caso que ahora él renuncie a filosofar y abandone su puesto, por miedo a morir. Hacerlo significaría que no cree en los dioses, "ya que (habría) desobedecido al oráculo y temido a la muerte, creyendo ser sabio sin serlo"³⁹. ("En efecto, señores, temer a la muerte no es otra cosa que creer ser sabio sin serlo; pues es creer que se sabe lo que no se sabe"⁴⁰). Sócrates añade a esto que si se le ofreciera la libertad a cambio de no filosofar más, la rechazaría, en provecho de su servicio al Dios, y que si contara con ella no dejaría de preguntar a sus conciudadanos cosas como éstas: "¿no te avergüenzas de preocuparte de tu fortuna, del modo de acrecentarla al máximo posible, así como a la reputación y a la honra,

31 Ap., 23d, b. Cf. supra, pp. 1 y 2.

32 Ap., 24a: diabolen, diabole. Cf., diaballontes (23e).

33 Ap., 26a.

34 Benévolos mediadores entre cielo y tierra. Banquete, 202e-203a.

35 Ap., 27e.

36 Ap., 28b.

37 Ap., 28d.

38 Ap., 28e. Cf. Banquete, 219e ss, Laques, 181b. En Delio Sócrates ha cubierto, serena y valientemente, la retirada de las tropas atenienses; en Potidea protegió al herido Alcibíades en una batalla decisiva y en el campamento fue frugal, resistente y solidario.

39 Ap., 29 a.

40 id.

mientras no te preocupas ni reflexionas acerca de la sabiduría, de la verdad y del alma, de modo que sea mejor"⁴¹. Y seguiría dialogando al respecto con cualquiera, cada vez que se pudiese, tras la perfección de la ciudad y del alma, de modo que si la ciudad lo condenara, ella, no él, se perjudicaría. Ciento que su accionar no ha pasado aún por las instituciones políticas⁴², sino por el puro diálogo con la gente, porque le parece que la voz o señal divina⁴³ que desde niño lo disuade cuando está por actuar mal "hasta en cosas de muy poca importancia"⁴⁴, se lo ha prohibido, dice a los jueces. Pobres y ricos, jóvenes y viejos, podían, empero, frecuentarlo, dialogar, libremente con él, y ninguno de quienes lo han hecho testimonió en su contra en el juicio. Más bien se hubiera pensado que todos ellos parecían querer apoyarlo en tales circunstancias. El, por su parte, no llora ni hace comparecer a sus hijos, parientes, ni amigos, al tribunal, para obtener la compasión de sus jueces, a ver si lo absolvían, lo cual hubiera sido una vergüenza para todos: él mismo, porque hay la opinión, "cierta o falsa, de que Sócrates se distingue en algo de la mayoría de los hombres"⁴⁵; los jueces; la ciudad entera: "Estas cosas, señores atenienses, es necesario que no las hagamos los que tenemos cierta reputación. Y si las hacemos... pongan ustedes de manifiesto que condenarán con mucho más [rigor] al que comparece [representando] dramas que muevan a compasión, y poniendo a la ciudad en ridículo, que a quien [se] mantiene [en] calma"⁴⁶. No parece justo rogar al juez, pedir su gracia, ser absuelto por éste sobre la base de ruegos. El juez ocupa su cargo para discernir las *cosas justas*, no para concederlas graciosamente, a uno u otro, como un favor: "ha jurado no favorecer a quien le plazca, sino dictar sentencia concorde con las leyes"⁴⁷. Y quien transgrede sus juramentos actúa impíamente, hace algo feo, es injusto y cobarde. Si él, Sócrates convenciera a sus jueces mediante ruegos, "estaría enseñándoles a no tener en cuenta a los dioses; y en realidad, al defenderme [así] me estaría acusando a mí mismo de no creer en dioses"⁴⁸, aunque crea en ellos como ninguno de sus acusadores⁴⁹. De ahí que pida a sus jueces "y al Dios" que resuelvan "como está dispuesto lo mejor tanto para mí como para ustedes"⁵⁰. El tribunal vota entonces y lo halla culpable ("si sólo treinta votos hubieran cambiado habría sido absuelto")⁵¹. Sócrates reclama un castigo apropiado para él: ser alimentado por la ciudad en el lugar donde sesionaban los pritanos principales en ejercicio, y

41 *Ap.*, 29d, e.

42 Una vez actuó como consejero político de Atenas, cuando los de su tribu ejercieron la presidencia del Consejo y de la Asamblea: fue el único consejero que se opuso a una resolución mediante la cual los demócratas en el poder resolvían juzgar ilegalmente a ocho generales atenienses después de una victoria naval sobre los espartanos el 406. Otra vez (404), también con riesgo de su vida, se negó, "no de palabra, sino de hecho", a obedecer a los gobernantes oligarcas que le ordenaban hacer algo injusto e impío: conducir desde Salamina a León, para matarlo (*Ap.*, 32c-d. Cf. *Carta VII*, 324e-325a).

43 "Intuición instintiva", la llama Mondolfo (*La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua*, Eudeba, Buenos Aires, 1968, pp. 108 y 109).

44 *Ap.*, 40a. Esta voz interior lo disuade, por ejemplo, de aceptar alumnos que no aprovecharían el diálogo con él (*Teeteto*, 151a); de aprobar un discurso incierto que él mismo ha pronunciado (*Fedro*, 242b-c), de actuar en política (*Apología*, 31d).

45 *Ap.*, 34e-35a.

46 *Ap.*, 35b.

47 *Ap.*, 35c.

48 *Ap.*, 35c.

49 Id.: "yo creo, señores atenienses, como ninguno de mis acusadores". "Y convirtió la ética y la política en ramas de la religión", G. Sarton, *Historia de la ciencia*. Eudeba, Buenos Aires, 1965, v. I, p. 324.

50 *Ap.*, 35d.

51 *Ap.*, 38c.

eran hospedados algunos vencedores olímpicos y otros ciudadanos sobresalientes. No acepta el destierro porque sería insensato, dice, suponer que si sus conciudadanos rechazan sus diálogos y propuestas, otros, extranjeros, los aprobarían y admitirían que una vida sin examen no merece vivirse. No se considera en realidad "merecedor de pena alguna"⁵², pero pagaría una multa personal de una mina, o una de treinta con la garantía de sus amigos Platón⁵³, Critón, Cristóbulo y Apolodoro. Los jueces votan de nuevo y lo condenan a muerte, según Diógenes Laercio⁵⁴ por ochenta votos más que los que le habían inculpado primero. Dictada la sentencia, Sócrates se dirige a los jueces partidarios de condenarlo, reprochándoles su iniquidad, peor que la muerte a que lo condenan, y su impaciencia por hacerlo morir cuando previsiblemente faltaba poco para que muriese de muerte natural. Observa también que la verdad los condena a ellos, y les vaticina que muchos otros criticarán en adelante sus vidas mezquinas, lo cual será un castigo "más duro que el que me habéis dado al matarme"⁵⁵. A quienes lo han absuelto los llama jueces. Les dice que quizás lo que le ocurre sea un bien para él, pues la señal divina ésa no se le opuso "ni cuando subía hacia el tribunal, ni en algún punto de mi discurso, cuando estaba por decir algo, y no obstante, mientras hablaba en otras ocasiones, a menudo me interrumpió en lo mejor de mi discurso"⁵⁶. Confía por eso en que la muerte no sea un mal, sino un bien, consista ella en una especie de sueño nocturno sin sueños, o en ir al lugar de los muertos, con semidioses, jueces verdaderos, poetas admirables y hombres de todo tipo, con quienes hablar. No hay, sin embargo, piensa él, "mal alguno para el hombre de bien, sea vivo o tras la muerte... y sus obras no son descuidadas por los dioses"⁵⁷. Tal vez ya le toca morir, descansar de su oficio, continúa, y pide que se vea más adelante que sus hijos no antepongan la fortuna o "cualquier otra cosa" a "su perfección"⁵⁸. "Pero ya es hora de marcharme", dice finalmente, "yo para morir, ustedes para seguir viviendo. Quiénes (ustedes o yo) avanzan hacia una realidad mejor, no es manifiesto a nadie salvo al dios"⁵⁹. Se rechazó, pues, la multa que ofrecía. No había sitio para él entre los eminentes del Pritaneo.

3. La cárcel

Critón viene temprano a la celda de Sócrates, que lleva unos treinta días preso, y se sienta en silencio largo rato junto a él, admirado de verlo dormir plácidamente como si ninguna desgracia lo afligiera. Cuando el maestro despierta, su amigo le confiesa que si antes lo tenía por feliz, "ahora mucho más"⁶⁰, por el tranquilo valor con que sobrelleva su condena,

52 *Ap.*, 38a.

53 Platón se menciona tres veces en sus obras: dos en la *Apología* (34a, 38b) y una en el *Fedón* (59b: "Platón, creo, estaba enfermo". Dice Borges que ésta última es la frase más commovedora que Platón escribió en su vida": *Borges oral*, Bruguera, Barcelona, 1980, p. 31).

54 II, 42.

55 *Ap.*, 39c.

56 *Ap.*, 40ab.

57 *Ap.*, 41c-d.

58 "aretes": *Ap.*, 4le.

59 *Ap.*, 42a.

60 Cr., 43b. Sigo la mencionada (n.7) traducción de Enrique Barbieri y Silvia Mulvihill, y la de Luis Noussan-Lettry (Astrea, Buenos Aires, 1973).

y le anuncia, o corrobora, el inminente cumplimiento de la sentencia: la nave a cuyo arribo de Delos es preciso que Sócrates muera llegará un momento a otro. Sócrates acaba de soñar que dicha nave llegará el día siguiente y que en tres días él estará en "la fértil Ftía"⁶¹. Critón, sin embargo, ha planificado la fuga. Quiere librarse de la doble desgracia de perder un amigo incomparable, y de que muchos que no lo conocen bien crean entonces que por ahorrar dinero casi no ha intentado salvar a ese amigo. Nadie los detendrá, no habrá represalias, hay dinero suficiente para persuadir a quienes convenga, Sócrates será bien recibido dondequiera que vaya por asilo. Sería, por lo demás, injusto que él se abandone a sí mismo como si fuera su propio enemigo, pudiendo salvarse, y se aparte de sus hijos, de su crianza y educación, dejándolos como huérfanos a merced del azar, más aun cuando él mismo dice haberse preocupado de la virtud toda la vida. No se crea que Critón y sus amigos se hayan desentendido de Sócrates en este trance, por cierta maldad y cobardía vergonzosas. La fuga propuesta tendría por lo demás que llevarse a cabo esa misma noche o nunca.

Pero ¿es correcto –pregunta Sócrates– lo que Critón propone? ¿Hay una buena razón para confiar en ello? No viene al caso que ahora él rechace ideas que antes de ser condenado defendía. Más bien le parecen casi las mismas, y las respeta y honra como antes. Si el plan de Critón las pasara por alto, él no se fugará, aunque a la prisión y a la muerte se añadiera el despojo de sus bienes. ¿Cómo examinar, pues, ahora, estas cuestiones lo más prudentemente posible?⁶² Si se trata de lo justo, de lo injusto, lo feo y lo bello, lo bueno y lo malo, será mejor seguir opiniones idóneas, sensatas⁶³, o arruinaremos lo que la justicia perfecciona, y la injusticia menoscaba, en nosotros: eso sin lo cual vivir nos resultaría insopportable⁶⁴, porque vivir bien importa, desde luego, más que sólo vivir, y vivir bien equivale a vivir noble y justamente. De modo que a partir de lo convenido hasta entonces, el diálogo se pone a examinar si es justo o no escapar de la prisión sin la venia de los atenienses. "Si pareciere justo, intentémoslo, si no, renunciamos a ello"⁶⁵. De lo demás (gasto de dinero, reputación corriente, crianza de los hijos) no se hable ahora. Preguntémonos más bien si ofrecer dinero y favores, y aceptarlos, en un caso así, es o no justo, sin olvidar "que es necesario morir en calma y sufrir cualquier otra cosa, antes que cometer injusticia"⁶⁶.

El acuerdo previo elemental del diálogo que Sócrates y Critón prosiguen entonces, reconoce, pues, de partida, que no se debe actuar (obrar) injustamente de ningún modo, porque eso no es bello ni bueno nunca, sino malo y feo siempre, y que responder injusticia con injusticia, daño con daño, mal con mal, vengándose, o incumplir "lo que uno comparte

61 Cr., 44b.

62 Cr., 46c.

63 Sin intentar desconectar, ni siquiera metodológicamente, como haría Descartes (*Discurso del Método III*), los intereses gnoseológicos y metafísicos, de los éticos.

64 "Esa porción del alma se asemeja a Dios, y quien la contemple y llegue a conocer por ella todo lo que es divino, ganará el mejor conocimiento de sí mismo": Alcibiades, 133c.

65 Cr., 48c.

66 Cr., 48d.

con otro como justo"⁶⁷, es injusto. De manera que si Sócrates y Critón se marchan de la cárcel, "sin el consentimiento de la ciudad"⁶⁸, maltratarán precisamente a quien menos se lo merece: la ciudad misma, cuyas leyes y comunidad política podrían preguntar entonces, iniciando un largo discurso imaginario que se prolongará casi hasta finalizar el diálogo principal: "Dime, Sócrates, ¿qué tienes en mente hacer? ¿No es cierto que con esta acción que urdes intentas arruinarnos a nosotras, las leyes y a toda la ciudad, al menos en lo que de ti depende? ¿Te parece posible que no se destruya la ciudad en la cual las sentencias pronunciadas no tienen fuerza sino que resultan nulas y son destruidas por los particulares?"⁶⁹. Las mismas leyes –personificadas en la ficción del diálogo- añadirían tal vez que las sentencias falladas por un tribunal legítimo de la ciudad son soberanas y habría que respetarlas aunque dicho tribunal juzgue incorrectamente nuestra causa en particular: "Tú y nosotras convinimos (eso)", dirían, y tal vez a continuación: "¿no te engendramos nosotras?, pues mediante nosotras tu padre se casó con tu madre y te procreó"⁷⁰. Por lo demás, Sócrates mismo, añadirían probablemente las leyes, fue desde muy joven educado según lo prescribían ellas, en la música y la gimnasia, por ejemplo, de modo que él y sus mayores son como hijos y esclavos suyos, con derechos inferiores a los de ellas, y con deberes ineludibles como el patrio de obedecerlas más que a los propios padres. Si no es piadoso usar la fuerza contra la madre o el padre, mucho menos lo será violentar a la patria, cuyas leyes todo ciudadano ateniense ha convenido, libremente, obedecer, pues el puro hecho de vivir en la ciudad compromete con el orden legal común y la autoridad del estado, contra los cuales los individuos no tienen nada que hacer, agregarían, quizás, las imperativas, civilizadas leyes, que acaso seguirían, implacables, arguyendo así: Sócrates no ha salido nunca de Atenas, salvo para participar en sus campañas militares y para asistir una vez a los juegos al Istmo, cerca de Corinto, a unos setenta kilómetros de la ciudad; ha tenido hijos atenienses; desechó el destierro legal para él; prefirió la muerte al destierro; no corresponde, pues, que intente huir ahora, eludiendo acuerdos y compromisos que ha concertado "de hecho y no de palabra"⁷¹, "sin necesidad ni engaño"⁷², a lo largo de toda su vida, con ellas. Incluso él pudo haberse marchado de Atenas "si nosotras no te agradábamos o los acuerdos no te parecían justos"⁷³, pero no lo hizo, y una ciudad es inseparable de sus leyes. Imposible respetarse a sí mismo sin respetarlas. Huir, pues, ahora, sería ridículo, y nocivo para él y sus amigos. Si acudiera entonces a ciudades de legislación bien constituida, como Tebas o Megara, sería tenido allí por subversivo, y la opinión de los jueces que fallaron en su contra se vería reforzada "hasta parecer que fallaron rectamente tu proceso. Porque quien corrompe las leyes, con mayor razón parecerá corruptor de jóvenes y de hombres necios"⁷⁴. Si, por otra parte, evitara ese tipo de ciudades, y la compañía de hombres de vida en común

67 Cr., 49e.

68 id.

69 Cr., 50ab.

70 Cr., 50d.

71 Cr., 52d.

72 Cr., 52e.

73 Cr., 52e.

74 Cr., 53c.

ordenada, quizás no le valiera la pena vivir, pues no tendría con quién hablar; nadie que él frecuentase admitiría entonces "que la virtud y la justicia, las creencias comunes y las leyes, son lo más valioso para los hombres"⁷⁵. Claro que si aceptara la propuesta de irse a vivir a la libertina Tesalia, dará muy probablemente con quienes lo escuchen de buena gana contar, entre platos y copas, cuán cómica fue su fuga, y tal vez nadie note allí su falta ni su excesivo deseo mezquino de vivir, pero apenas sus palabras disgusten a alguno, lo insultarán, escuchará cosas indignas de él y tendrá que vivir "adulando y sirviendo a todos"⁷⁶ sus diálogos serán reemplazados por festines, y sus hijos vivirán como extrajeros, si los lleva con él. Mas si acata las leyes, concluirían, quizás, éstas, sus amigos cuidarán a sus hijos, y si finalmente muere "porque has sido tratado con injusticia no por nosotras las leyes, sino por los hombres"⁷⁷, será bien acogido en el Hades.

Sócrates (¿quién dijo que era un "racionalista"?) escucha, o cree escuchar, escribe Platón, este severo discurso imaginario de las leyes como las coribantes, las flautas y melodías del dios que las posee, incapaz de oír nada en contra. Pero Critón no tiene qué objetar. "Entonces así sea, Critón", concluye Sócrates, "y obremos de ese modo, pues así lo aconseja el dios"⁷⁸.

4. La muerte

*Ustedes también, Simmias, Cebes y todos los demás,
harán el viaje, cada uno a su tiempo; pero a mí,
como diría un héroe de tragedia, el destino me llama ahora.
Incluso es casi tiempo de que me vaya a dar un baño,
pues me parece mejor bañarme, antes de beber el veneno,
y no dar a las mujeres el trabajo de lavar un cadáver⁷⁹.*

Sócrates, que entre el término de su proceso y el día de su muerte ha escrito algunos versos y se ha comprometido con la creencia religiosa⁸⁰ en la inmortalidad del alma, aguarda la muerte confiado en que no ha de morir. La última jornada, la del diálogo postrero⁸¹, en la prisión, conversa todo el rato, grave y alegremente, como siempre, sobre eso, la reminiscencia, las ideas, el oficio del filósofo; reflexiona sobre su creencia en la inmortalidad del alma y en la naturaleza de ésta; encarga a sus amigos el cuidado de los huérfanos que deja y de sí mismos; les dice que no importa cómo entierren su cuerpo; se baña; se despide de sus hijos y

75 Id.

76 Cr., 53e.

77 Cr., 54b. "Sócrates ha sido condenado por un tribunal inapelable, pero contingente en su composición, contingente y falible en sus decisiones" (Luis Noussan-Lettry: nota al Critón, ed. cit., p. 64).

78 Cr., 54e.

79 Fed., 115a. Cito por la traducción de Conrado Eggars Lan (Eudeba, 1976).

80 "Me parece que una creencia religiosa podría ser algo así como el apasionado decidirse por un sistema de referencias": L. Wittgenstein, *Observaciones*, Siglo veintiuno editores, México, 1986, p. 115.

81 "Debemos recordar que, al parecer, Platón fue el inventor del diálogo socrático como forma literaria". A.E. Taylor: Ob. cit./., p.27.

de algunos parientes. Más tarde, cuando "ya el sol estaba próximo a ponerse"⁸², y él se había sentado casi en silencio junto a sus camaradas, el carcelero viene a comunicarle que ya es hora de que la sentencia se cumpla "y al mismo tiempo que se ponía a sollozar dio media vuelta y se marchó"⁸³. Sócrates pondera entonces la noble humanidad del funcionario y pide a Critón que le traiga el veneno "si es que está machacado; si no, que lo machaque"⁸⁴. Hay, desde luego, quienes "han bebido el veneno mucho rato después de que se les ha dado la orden, poniéndose antes a comer y beber bien, e incluso algunos a acostarse con sus amantes"⁸⁵, pero él prefiere no ser uno de ellos: ganar unos pocos minutos de vida sería como ahorrar una vez que se ha gastado todo. Cuando haya bebido el veneno seguirá las instrucciones del guardia: caminará un poco por la celda, hasta que las piernas le pesen, y dejará que el veneno actúe por sí solo. Recibe, pues, la copa con el veneno de manos del encargado de administrarlo, sonriente, "con el mejor de los ánimos, sin temblar ni mudar de color"⁸⁶, resignado a no derramar nada de su contenido "para hacer una ofrenda"⁸⁷, y la bebe "con la mayor entereza y calma"⁸⁸, luego de haber implorado a los dioses buena suerte en su "mudanza hacia el más allá". Sus amigos, la mayor parte de los cuales "había logrado bastante bien contener el llanto"⁸⁹, rompen entonces a llorar. Sócrates les pide que no desentonen así, que se calmen y contengan, y comienza a caminar "hasta que –según dijo– las piernas se le pusieron pesadas, y se acostó de espaldas, tal como le ordenara el hombre"⁹⁰. Este, después de un rato, "apretándole fuertemente el pie, le preguntó si lo sentía, a lo que Sócrates contestó que no. A continuación volvió a palparle los muslos y así siguió hacia arriba, y nos mostró cómo se iba poniendo frío y rígido [haciéndonos tocarlo]. Luego volvió a tocarlo él y dijo que cuando [el frío y la rigidez] llegaran al corazón, Sócrates se iría"⁹². Pasado un rato, cuando ya casi se había vuelto insensible la zona de su estómago, Sócrates "se descubrió la cabeza, que se había cubierto, y pronunció sus últimas palabras: Critón, le debemos un gallo a Asclepio; págaselo, no te olvides". La pregunta consiguiente de Critón (¿Quieres algo más?) "quedó sin respuesta; un instante después Sócrates se estremeció y el hombre lo descubrió. Tenía los ojos fijos; al verlo, Critón le cerró la boca y los ojos"⁹³. "Este fue el fin de nuestro amigo (concluye Fedón), el mejor hombre, podríamos decir, de los que conocimos entonces, en general el más sabio y el más justo"⁹⁴.

82 Fed., 116b.

83 Fed., 116d.

84 Id.85 Fed., 116e.

86 Fed., 117b.

87 Id.

88 Fed., 117c.

89 Id.

90 Id.

91 Fed., 117e

92 Fed., 117e- 118^a.

93 Fed., 118c.

94 Fed., 118e.

5.Otro memorial (y una conjetura)

Dígales que mi vida fue maravillosa⁹⁵

El sabio Sócrates sabe que no sabe. El reconocimiento de su propia ignorancia inaugura el oficio de su vida, esa humana sabiduría en la cual parece superar(nos) a todos: la filosofía como diálogo⁹⁶. Una y otra vez el filósofo Sócrates dialoga sobre diversas cosas éticas acerca de las cuales duda que sean. La duda es una condición necesaria de su reflexión. Necesaria y útil pues sin ella la mayéutica no procedería, no queríramos buscar ni aprender nada, como si fuéramos dioses o ignorásemos todo. Pero la duda es una condición insuficiente de la filosofía de Sócrates: La *Apología*, el *Critón*, el *Fedón*, los *acta judiciares*, de Sócrates, nos enseñan que él tuvo siempre no sólo el valor de sus dudas, sino también (*¿y sobre todo?*) el de sus convicciones. La defensa pública, la estada en la cárcel, el último día, la muerte del maestro, tales como nos las ofrece Platón, muestran, sin duda, que para Sócrates:

- (a) Filosofar es una especie de misión sagrada vital, irrenunciable. El diálogo filosófico (con)forma en humanidad; educa en la dirección de una vida digna de vivirse; entera, más allá del puro "examen" de conciencia, de uno mismo y de los demás; libra de opiniones falsas, de resistencias dogmáticas engañosas, de lenguajes privados más o menos vanos⁹⁷;
- (b) cuidar el alma (que es pero no es nada disponible de suyo al interior de uno) realiza la inteligencia y el carácter esenciales de cada cual, libera los más espirituales dominios del individuo en la ciudad;
- (c) Respetar las leyes que a todos los ciudadanos obligan, aunque se las critique y los jueces terrestres las agravién a veces hasta el extremo de condenar a inocentes, según se sabe, constituye una exigencia interior a la vez que un deber político justos. Quienes devuelven mal con mal, injusticia con injusticia, las incumplen y faltan a sí mismos.

Conjeturo, a este respecto, lo siguiente: Sócrates apoya el ideal de una vida humana regida más bien moralmente que legalmente: sus diálogos públicos; la reforma moral como conversión cotidiana de cada hombre hacia el bien, que él propugna; el valor político formativo que él reconoce a la virtud; etc., no proceden de leyes positivas ni del edificio de los tribunales, en relación a cuyos lenguajes y usos parece un extranjero⁹⁸. Pero como "es evidente

95 L. Wittgenstein, poco antes de morir.

96 "Sí, tendríamos que llegar al diálogo, tendríamos que volver a esa antigua invención griega, y quizá platónica". J. L. Borges, en Borges, Ferrari: *Libro de diálogos*, Sudamericana, Buenos Aires, 1986, p. 16.

97 "Por eso hace falta seguir lo común, esto es lo que pertenece a todos, porque lo que pertenece a todos es lo común, pero siendo el logos común la mayoría vive como con una inteligencia particular": Heráclito, B2.

98 Cf. Ap., 17d ("el caso es que ahora por primera vez comparezco ante un tribunal, tras haber llegado a los setenta años, simplemente vengo a ser como un extranjero respecto del lenguaje [que se emplea aquí]"), *Teet.*, 172c - 177c ("...y me sorprende ahora, como antes me ocurría a menudo, ver con qué frecuencia los hombres que han dedicado tanto tiempo a los estudios filosóficos resultan ridículos cuando toman la palabra en una corte de justicia..."), *Rep.*, 405a-c ("...No te parece vergonzoso y prueba evidente de una educación defectuosa el verse obligado a recurrir a una justicia extraña, por falta de virtud y de justicia personal, convirtiendo a los demás en dueños y jueces de uno mismo?...").

que en cierto modo la legislación integra el arte real⁹⁹, y que sin el gobierno de leyes "impuestas a partir de una larga experiencia y gracias a unos consejeros que consiguieron con sus benévolos consejos y persuasiones que las fuese implantando el pueblo"¹⁰⁰, la ciudad decaería irremediablemente, Sócrates postula, en beneficio del orden civil real de la polis en que vive, obedecer esa especie de normatividad menos plena o segunda que nos obliga en derecho, y no consentir que ni un individuo ni la multitud cometan nunca la más mínima acción contra (ella)¹⁰¹. Que nadie haga, pues, nada contra las leyes, sin exponerse a las penas más severas¹⁰². Ni para Sócrates ni para Platón el ideal superior sobre estos asuntos consistiría, sin embargo, "en que las leyes detenten el poder"¹⁰³, aunque ambos consideren preferible que imperen las leyes tales como están escritas a que se derrumbe todo allí donde el saber moral y la equidad, que pueden hasta corregir, o mejorar, las normas en su aplicación particular, no logran imponerse¹⁰⁴. Sócrates no se estaría dejando, pues, arrebatar sin más "por la máxima de que lo ordenado por las leyes es lo justo"¹⁰⁵, como esos atenienses antiguos para los cuales el orden jurídico de Atenas "representaba sencillamente la forma real de manifestarse la Dike divina"¹⁰⁶, ni, como creía Jaeger, por "la antigua tradición griega para la que la polis era la fuente de los bienes supremos de la vida, y de las normas de vida más altas"¹⁰⁷, al insistir en el respeto a la ley hasta negarse a desobedecer la sentencia injusta que lo condena. Ello explica tal vez, siquiera en parte, que Hegel haya pensado que Atenas tuvo razón contra él: Sócrates habría, según Hegel, hecho consciente un principio de libertad interior que "significaba la destrucción del estado ateniense"¹⁰⁸. Creo que Sócrates afirma un principio espiritual semejante, pero que éste no significaba en verdad la ruina del estado, como sus acusadores y Hegel pensaron, sino más bien algo sin lo cual ninguna (re)construcción política sería posible. Ante los atenienses que lo juzgan en el tribunal, y con sus amigos en la prisión, Sócrates discurre y dialoga, esto es filosofa, de manera que testimonia de palabra y obra, aquellas convicciones, las perfecciona con su muerte y después de morir las hace crecederas: nos inicia en ellas aún hoy. Los lugares comunes y corrientes que frecuentamos ganan entonces virtualidades

99 Platón: *Político*, 294a.

100 *Ibid.*, 300b.

101 *Ibid.*, 300c.

102 *Ibid.*, 297e.

103 *Ibid.*, 294a.

104 Cf. *Político*, 295d-297c; *Leyes*, VI, 757b-e, II, 656-657b, VII, 797a-799b. Discernir la igualdad verdadera y óptima, de los ciudadanos ante el Estado, es tan difícil que ello "Corresponde al juicio (equitativo) de Zeus". Y si bien podemos deplorar que la verdadera justicia, adecuada perfectamente al caso singular, ceda el paso a leyes generales inadecuadas al mismo, no debemos incumplir esas leyes por ningún motivo.

105 E. Schwartz: *Figuras del mundo antiguo*. Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 56.

106 Id.

107 W.Jaeger: *Paideia*, Fondo de cultura económica, México, 1992, p.451.

108 Op. cit . (n. 19), p. 486. El texto sigue así: "El destino de Sócrates es, pues, el de la suprema tragedia. Su muerte puede aparecer como una suprema injusticia, puesto que había cumplido perfectamente con sus deberes para con la patria y había abierto a su pueblo un mundo interior. Mas, por otro lado, también el pueblo ateniense tenía perfecta razón, al sentir la profunda conciencia de que esta interioridad debilitaba la autoridad de la ley del estado y minaba al estado ateniense. Por justificado que estuviera Sócrates, tan justificado estaba el pueblo ateniense frente a él. Pues el principio de Sócrates es un principio revolucionario para el mundo griego. En este gran sentido, condenó a muerte el pueblo ateniense a su enemigo y fue la muerte de Sócrates la suprema justicia. Por alta que fuera la justicia de Sócrates, no menos alta fue la del pueblo ateniense, condenando a muerte al destructor de su eticidad. Ambas partes tenían razón. Sócrates no murió, pues inocente; esto no sería trágico sino simplemente conmovedor. Pero su destino es trágico en el verdadero sentido".

extraordinarias, aunque un monologador tremendo como Nietzsche piense que el tiempo del hombre que dialoga tiene que ser superado por el del superhombre, y considere a Sócrates un griego decadente, melancólico, cansado de vivir, dissoluto, vengativo, resentido, pesimista, que desprecia y se opone a la vida, de la cual padece harto, un antigriego que habría hecho de la razón el tirano absurdo de la vida superior, y que, deseoso de morir, se suicidó, como Cristo¹⁰⁹.

Discípulo del sabio Quirón, el más justo de los centauros¹¹⁰, el dios Asclepio sabe que a cada ciudadano le toca un trabajo que cumplir en la polis. Asclepio preserva y restablece la salud de los hombres, para que puedan cumplir ese trabajo. Creo que Sócrates, condenado a muerte por impiedad, pero piadoso por vocación, agradece con sus últimas palabras¹¹¹ al dios Asclepio la buena salud que le ha dado hasta el fin de su vida para dedicarse no más a su trabajo.

¹⁰⁹ Cf. por ejemplo: *El origen de la tragedia a partir del espíritu de la música*, Editorial y librería Goncourt, Buenos Aires, 1973, pp. 81 ss; *El crepúsculo de los ídolos*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, pp. 37ss; *El Anticristo*, Carlos Hernández editor, Argentina, 1975, p. 27. Carácter plebeyo, fealdad física, vocación dialéctica, democrática, moral, incluidos el daimon y la equivalencia reiterada entre razón, virtud y felicidad, etc., confirmarían, según Nietzsche, el "desorden radical de los instintos" del "más inteligente de los que se han engañado a sí mismos". Para el tema del "suicidio" de Sócrates: "Sócrates, artista de la vida", texto de Turin, citado por Mondolfo (*Sócrates*, 71-72). Turin coincide con Nietzsche en que Sócrates quiso morir, pero difiere de él en que no atribuye ese deseo socrático a negación de la vida, sino a su imposibilidad de conciliar, por una parte, su fe en la verdad, y, por otra, sus dificultades en enseñarla.

¹¹⁰ *Ilíada*, XI, 830-832.

¹¹¹ Cf. supra, páginas 8 y 10: También en la *Apología* y el *Critón*, Sócrates usa palabras religiosas cuando termina de hablar.





Studio et labore, honestate ac
maxima quam fieri possit
modestia, ad astra usque eamus:
si –ut Mantuanus ait- *omnia uincit
amor*, ne obliuioni demus prope
sequentia ipsius uerba: *labor
omnia uincit*. Humanitatem in
primis ut exemplum unum in
nostris laboribus enixe colamus,
prae oculis semper habeamus
eamque imo corde prosequamur.
Hoc iter nostrum; hoc decus
nostrum; hoc et praemium semper
nobis satis sit.

J.M. Barnadas